



BIBLIOTECA DE AUTOR

**MATÍAS ARIEL NÚÑEZ**

*Cenizas del recuerdo*

*Una historia de dolor, deseo y amor*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**MATÍAS ARIEL NÚÑEZ**

*Cenizas del recuerdo*

*Una historia de dolor, deseo y amor*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

*Todos los personajes de esta historia son  
frutos de la imaginación, y cualquier  
parecido a la realidad es pura coincidencia.*



*Mis agradecimientos:*

*El tiempo es vida, muerte y amor,  
aquel que sin saber que es, se construye  
con palabras y sentimientos.*

*El tiempo pasa tan rápido que sólo  
contemplamos un abrir y cerrar de ojos.  
Gracias por tomarte tu tiempo en leerlo.*



EL GUARDIÁN  
LITERARIO

## ***Fragmentada***

*Con el cabello deshojado y sumergida en un pozo profundo de recuerdos decidió partir. Con todos sus deseos alineados hizo una breve pausa para mirar de reojo su pasado donde encontró el empujón necesario para seguir avanzando. De inmediato se deshizo de un suspiro que pronto se confundió con el viento, se tomó de manos con la ilusión y continuó en dirección a su encuentro planificado con la felicidad. Sin embargo; el destino es un tren con estaciones misteriosas. Y así es como transcurre su vida. Entera, pero hecha pedazos...*

**Jonathan Sanabria**

# Índice

<i>Prólogo</i> .....	15
<i>Capítulo I. El dolor de lo heredado</i> .....	17
<i>Capítulo II. El origen</i> .....	21
<i>Capítulo III. La amistad</i> .....	32
<i>Capítulo IV. El orgullo</i> .....	35
<i>Capítulo V. El perdón</i> .....	45
<i>Capítulo VI. Una caricia a la felicidad</i> .....	51
<i>Capítulo VII. El olvido</i> .....	57
<i>Capítulo VIII. La ilusión</i> .....	62
<i>Capítulo IX. El enamoramiento</i> .....	68
<i>Capítulo X. Lo inesperado</i> .....	84
<i>Capítulo XI. Lo nuevo</i> .....	95
<i>Capítulo XII. El renacer</i> .....	99
<i>Capítulo XIII. La desesperación</i> .....	104
<i>Capítulo XIV. La esperanza</i> .....	113
<i>Capítulo XV. El deseo</i> .....	116
<i>Capítulo XVI. La otra cara del amor</i> .....	121
<i>Capítulo XVII. La comprensión</i> .....	130

## ***Prólogo***

En el devenir de la vida:

Te susurra al oído qué va a pasar, no se entiende qué quiere decir, se torna confuso, y al tratar de interpretar y analizar llegan los obstáculos. Algunos podrán moverse con una soltura que no creían tener. El empujón de la experiencia ayuda, sin duda alguna. La vida se presenta como la nada, y de forma remota aparecen amores, desamores, familia, hijos, escuelas, trabajo; y, sin darnos cuenta, somos seres contruidos y pensantes. ¿Cómo se determina nuestro camino?, aun tomando la mejor decisión aparecerá este susurro que desconocemos qué nos quiere decir, o cómo nos ayuda a decidir. Es así, que pasamos la vida tratando de entender lo que muchas veces queda alejado de nuestras acciones y pensamientos. De lo que hubiésemos querido que pase y no pasó, el porqué de ese porqué. De sucesos remotos que nos llevan a nuevos rumbos. A ese camino que queremos llegar y que cuando llegamos se abre otro.

## **Capítulo I**

### ***El dolor de lo heredado***

Un parpadeo es una milésima de segundos, es algo natural del ser humano y de la vida. En un solo día se pueden parpadear miles de veces, y más. No hay nada que te obligue a estar pendiente de algo que funciona como un acto reflejo natural.

A mí me sucedía todo lo contrario, entre cada parpadeo solo contemplaba una mirada hacia adentro, buscando un recoveco de felicidad, o al menos eso intentaba. Buscaba lo que no se había llenado desde afuera, no había nada, estaba vacía, a oscuras total. Solo había dolor, recuerdos de maltratos. A veces pensaba por qué me pasaba algo así, si toda niña, de alguna forma, se refugia en la fantasía con juegos y muñecas para escapar de la realidad. Pero, sin embargo, cada vez que me quería escapar, me buscaban hasta encontrarme y obligarme a que deje eso que en ocasiones estaba a punto de acariciar. No dejaba de pensar qué había adentro, algo bueno tenía que encontrar. Y es por eso que, sin darse cuenta uno escapa y busca lo que no tiene, huye de aquello que le hace mal, va a dar una lucha totalmente



interna y externa para ir hacia donde te impulsa aquello que en muchas ocasiones no entiende qué es. ¿Por qué vamos a altas velocidades si la vida es una sola?, ¿por qué nos olvidamos de disfrutar y buscar aquello que nos hace bien?

No había escapatoria, era niña y era lo que me tocaba vivir, acortar aquello que me gustaba era horrible y hasta el día de hoy no puedo darle un sentido, entender en su plenitud cómo se puede maltratar a alguien que amas. Si hay algo que fui aprendiendo es darle un sentido más personal, algo que solo a mí me sucedió. La familia estaba por sobre todo aquello que odiaba. Mamá y papá por sobre todas las cosas, por darme la vida, ¿si te dan la vida uno está obligado a amar?

Todo era estructurado y eso que me pasaba por dentro quedaba en mi mente, no había espacio para expresar lo que al menos me parecía, estaba encapsulada. Y no hay nada más horrible que no dar lugar a un espacio para la reflexión, a los momentos dónde uno pueda exponer un mínimo pensamiento. Todo se hundía hacia el fondo con dolor y maltrato.

La época lo ameritaba, todo era igual, o al menos, los que conocía con mi corta edad, eran iguales, atrapados en la misma mirada. El silencio era algo muy singular, pero acá en este pueblo era único, todos estaban atravesados por el mismo silencio. Como el sonido de la siesta, en donde solo se contempla el ruido del viento, que movía algún que otro árbol. Esto marcaba no solo al pueblo, sino a todos lo que vivían en él, es algo que se

transfiere de uno a otro, y todos le daban el mismo sentido hacia sus hijos, una directiva de madre o padre marcaba esto. Un silencio, el de no contestar o no protestar. Es así que se iba apoderando de todos, no había tregua en marcar una sugerencia o algo que se intentó cambiar.

Hasta el día de hoy llevo las marcas que de solo verlas se me caen las lágrimas. Me hicieron creer que era una forma sana de criar, ellos habían pasado lo mismo, o cosas peores, como lo contaba mi mamá. Y pensaba, cuando tocaba en mi cuerpo el lazo de cuero que habían heredado de mis abuelos paternos. En él, había una generación de castigos y era el poder que predominaba a los que no obedecían. Solo se utilizaba para castigar a quienes decían amar. Al pasar la tormenta, quedaba colgado en un mural de la cocina. Me acuerdo que un día nos habían contado como se había fabricado, el mango estaba enlazado en varios cueros, predominaba el de la vaca, enganchados unos sobre otros, y sobre tiras iban saliendo en forma de dagas, al principio gruesas y al terminar se afinaban. Fabricar algo así era, sinceramente, de una mente perversa. Porque sabe a la perfección el dolor que produce una mínima punta de ese látigo. Es un ardor inapagable, que se acentúa durante un día completo. Había muchas cosas que no podía entender sobre ese lazo, se lo colocaba en la pared, enganchando el mango en un clavo, y quedando al alcance de la mano. Estaba ahí, siempre a la vista. De hecho, en cualquier hogar había una foto familiar, o algún cuadro que mostraba un paisaje.

Es atroz pensar que el silencio es algo que por lo menos en mí se instalaba, me violaba y me decía hace silencio. No digas más nada, sino, será peor, ¿podía haber algo peor que esto? Estaba totalmente convencida de que el mundo era esto, concretamente, que conocía todo. Caminando, llegaba de un punto a otro del pueblo en solo 30 minutos; y corriendo, supongo que podría recorrer el pueblo entero en 10 minutos, esto último nunca lo intenté.

Nadie podía escapar al calor, cualquier clase social lo padecía. ¡Qué calor hace!, ¡No se aguanta!, era lo más normal de escuchar en una conversación. Todos, luego de la siesta, se encargaban de mirar qué hacía el otro, dónde andaba y por qué no estaba donde debería estar. A veces pensaba que era algo que se heredaba al nacer, pero simplemente es algo que se instala en la vida social. Es parte de uno, un miembro más del cuerpo, y nadie se atreve a cortar algo tan apreciado. Tal vez, por eso no se podía hacer un corte. Cuando alguien pierde una pierna o un brazo no solo se sumerge en un océano de angustia, es mucho más profundo. Se pierde de hacer cosas y eso es un dolor muy singular.

De este modo, comienzo a narrar para que conozcan un poco de esta historia.

## **Capítulo II**

### **El origen**

Trancas es un nombre peculiar para un pueblo, los antecedentes datan que se fue fundando a mediados de 1666 por pequeños inmigrantes a los que les habían cedido pequeñas parcelas de tierra para comenzar a trabajar, conjuntamente con los nativos que ya vivían en el lugar desde hacía poco tiempo. El 666 es un número simbólico, fue emparentado con lado malo del cristianismo, pero solo es un número que representa algo cronológico. En este pueblo, el lado bueno siempre se percibe en un sentido figurado, siempre esconden algo. Al estar ubicado entre valles asemeja una mirada hacia adentro, un lugar en donde los cerros impiden ver el horizonte en todo su esplendor; uno detrás de otro, le fueron dando con el tiempo algo pintoresco y único.

Siempre se asoció el nombre del pueblo a un lugar tranquilo, algunos confirman y se arman distintos debates del origen del nombre que da sin lugar a duda un sentido de pertenencia, Trancas es para algunos un nombre que identifica su antepasado aborigen, de la tribu Chancas, y de ahí el derivado. Otros afirman con

certeza, a tal punto que el enojo tiene empoderamiento y reacciones sobre aquellos que dicen lo contrario, que la cantidad de tranqueras que había en el lugar fue lo que dejó marcado el perímetro del pueblo. Todos inmersos en diferentes miradas hacia su pasado, toman las riendas para llevar costumbres iguales, a su vez no deja de atrapar a todos sus habitantes en particular a aquellos envueltos en su cultura gauchesca.

Al quedar a 70 km. de la capital de Tucumán le da un sentido más campestre y autóctono. Se da por sentado en las mentes que los sucesos marcan a cada uno de los pueblerinos. Predominaba la tranquilidad. Los ruidos excesivos solo se veían en la televisión, mostrando todo lo que sucedía en la gran ciudad de Buenos Aires, plasmado en blanco y negro. Era cómo se contemplaba la realidad que se mostraba del mundo, sin poder ir muy lejos, en ocasiones solo quedaba atrapado en el mismo país. Aquellas noticias jamás pensadas. Solo unos pocos tenían acceso a ella, pero no dejaba a nadie sin que se entere lo que pasaba, el boca en boca era aún más rápido. Todos creen que se conocen, y la historia de cada uno no deja de marcarlos.

Susana, era una niña más del pueblo, como lo decía su madre. Pero traspasaba los límites, y esto hacía que en poco tiempo la mirada de todos esté sobre ella. Tenía algo bastante peculiar, su cabello medio ondulado, color negro, ojos marrones con pequeñas piscas o manchas —como decía su hermana— de color verde. Muchos no podían definir su color de ojos, una mezcla

que en ocasiones ameritaba a los demás a decir que por este rasgo biológico no era la hija de don Cleto. Un peso que llevo muchos años, sobre todo su madre. Su color de piel era de un tono café claro. Su personalidad era muy fuerte, los que la conocían se daban cuenta de que iban de la mano, como se lo dijo una vecina una vez: “vos sos sapo de otro pozo”. No por su estatus social, ellos estaban en el último eslabón. Su presencia y forma de hablar la jerarquizaban a imponerse, sus contestaciones ameritaban un toque de adultez y una soltura de esas cadenas de las que muchos estaban atados, y nos les dejaba decir lo que pensaban. Ella podía decir lo que pensaba, sin tener miedo al castigo de la palabra, tenía un peso que no se veía. Se escondía detrás de todos culpabilizando por actos propios del deseo y aquel se escondía por detrás de todos para no salir, se hundía por la mirada de aquellos depredadores que al lucirse destrozaban a la presa en mil pedazos, dejando las sobras para las hienas que saciaban con más hambre que los leones aquel deseo de ser.

El pueblo entero la había adoptado con el sobrenombre de “pajarito”, el que no tenía uno, se buscaba a adaptar algo muy peculiar de su personalidad o rasgos físicos a algún objeto, animal o, por consecuencia, descripciones de rubio, gordo, negro, entre otras. Hacia un mérito de algo que daba en particular algo del sentido diferente al nombre, la legalización del nombre y apellido no es más que un registro de conteos para llevar la cuenta de la cantidad de habitantes, si buscaban los

registros de los sobrenombres era invisible a esta, pero totalmente visible para el pueblo. Una vez habían llegado en un auto azul oscuro, desde la ruta que conecta Trancas con la capital, una familia, eran cinco. El que conducía era un hombre que, por su figura y forma de vestir, se notaba que no venía ni siquiera de la capital, daba aspectos y rasgos que no eran habituales de la zona, su tono de voz era muy particular, no hablaba con esa tonada tan característica del pueblo, la “R” tiene un sentido muy propio que pocos pueden pronunciarla, se desliza con suavidad y prende de la palabra completa dando un hermoso tono. Y eso lo delataba ante cualquiera, algo que todo el mundo dejaba en vela por más que deje entrever aspectos contrarios. La primera impresión ante los ojos puede deducir ciertos criterios de uno, pero la tonada reubica el lugar de donde viene o da la noción de que zona podría ser, es una característica que todos llevan del lugar de donde provienen. Algunos escapan por sufrimiento, tratando de olvidar lo que les pasó, pero esto acompaña en silencio y sin consciencia, su predominación, su arraigo es tan fuerte que cuesta deshacerse, en algunas ocasiones acompaña hasta un punto, y en otros para toda la vida.

Este hombre preguntaba por Rodolfo Aquino, había pasado toda la tarde tratando de encontrarlo, y no era nada más ni nada menos que el Flaco. Era la primera vez que venían a visitar a su primo, y fue la sorpresa de todos. Alguien nuevo, desde el sur, específicamente Puerto Madryn, aquel nombre que al pronunciarlo no

le encontraba sentido. Jamás se había escuchado, un nombre que parece de otro país, o acá parecía que estábamos en otro.

La peculiaridad que siempre se interrogaba Susana era porque era la octava de nueve hermanos. Siempre soñaba con ser la más grande, al menos sus hermanos demostraban ciertos privilegios de salidas sin permisos, sucedía todo lo contrario con ella. Tenía principios instalados por sus padres, la limpieza y el respeto ante todo. Dejaba en claro que ella no adoptaría ciertos hábitos para abandonar la niña que era, y parte de ella se escapaba con la fantasía de que se sumergía junto a Adolfinna, un nombre que había inventado por los delfines que había visto en una imagen en un libro de la escuela, que luego lo vio en profundidad con la materia de ciencias naturales, ahondando todos sus aspectos de la clasificación de los anfibios. Había vistos muchos, ballenas, tiburones entre otros. Pero este nombre daba cierto criterio del animal que había impactado por su velocidad y capacidad de inteligencia, además de su audacia ante sus depredadores. Es impresionante la comunicación que realiza ante la manada, si hay peligro. Como hizo mención su maestra y había llamado demasiado la atención las características y la simpatía que tenía con los humanos, sumando a que es el más inteligente del agua. Algo muy llamativo que había adoptado, le hubiese gustado ser así, sabía que no podía nadar y escapar, dada la circunstancia, su intelectualidad era escasa como se lo hacía saber su maestra, al no poder leer de corrido y



no tener nunca todos los materiales para estudiar. También transgredía a los compañeros a adjudicarle el sobrenombre de “burro”, no solo del atributo que hacía la palabra, también al animal, nombre que llegó a ser similar a algo absurdo a lo que sentía. Pero no había tregua, el desprecio era más importante que lo que podía adjudicar en su defensa, como lo hizo más de una vez, que los burros son animales sumamente pacíficos, amigables, nobles y, sobre todo, tienen buena memoria. Y eso es poco de ver en este lugar, son animales que no se meten con nadie y su escasa capacidad de desarrollo los hace vivir en indiferencia.

Es por eso que a ese delfín lo había transformado en aquella muñeca, revestida de trapos, agregándole la “A” por delante y terminando con la misma letra. Sentía que le daba un toque de niña, una peculiaridad, algo tan poco valioso ante la ostentación de la felicidad que mostraban aquellos más afortunados del pueblo.

Juana era su madre, tenía peculiaridades bastantes particulares, no era de aquellas que traían al mundo hijos para satisfacer un deseo interno de un grado de completud, se decía que la mujer alcanzaba la felicidad en el estado más completo, algo que no entendía Susana, por su corta edad, pero a su vez llamaba mucho su atención. Cierta alcance libidinal, ancestral, que se notaba que estaba acarreado desde hacía mucho tiempo, por ciertos comentarios de gente que vivía en el lugar, dándole un sentido amplio a la palabra “hijos”. Si con uno llegaba a completar ¿por qué tener siete, ocho o hasta nueve?

Solo uno alcanzaba para abastecer esa completud a la que se hacía mención. De a poco empezó a entender que era algo de competencia, de no quedar atrás de nadie con uno solo, sino que daba la tregua a más y más, y nunca menos. Llevaba a una competencia que nadie se daba cuenta, y observaba las numerosas familias que había por doquier, en cada recoveco, en cada piedra que se levanta había una gran familia constituida por este gran número. No había escapatoria, todo ameritaba a competir quien tendría la familia más numerosa o alcanzar al menos el mínimo que era siete.

Estaba más que claro, la ley invisible marcaba en la constitución moral que tenía que ser así, tener muchos hijos para sentirse plena ante la mirada de los demás. Alguien sin hijos contraía una carga enorme, y ella no quería pasar por esto, estaba muy marcada por el miedo y las ataduras que la acompañaron toda su vida, tapan-do su deseo de ser.

Rígida y fría, súper conservadora, jamás, pero jamás pudo sacar una palabra de como era su abuela o abuelo, lo único que se sabía era que era de otro pueblo, específicamente de otra provincia ubicada más al norte, cosa que ella no entendía, y preguntaba siempre ¿Cómo era tu mamá, tu papá, tus hermanos, tu hogar? La misma respuesta daba lugar a todas las preguntas... “Cuando seas grande te contaré”. Fue algo que despertaba ciertas fantasías en todos, porque nadie sabía casi nada de ella, se envolvía en la paradoja de lo enigmático, con pocas palabras creaba un aura de alguien que

guardaba algo muy importante, y dejaba en claro que no deseaba compartirlo.

Las alegrías, en ocasiones, se dejan entrever con los actos del cuerpo. Uno puede llegar a vislumbrar si la persona está pasando por un estado emocional lindo o feo. Y ella dejaba en claro que hundía algo en su ser, en su mirada, ante cada pregunta. No deseaba buscar más nada en el olvido ni en aquellas profundidades que, a su vez, había traspasado algo de la identidad a algunos de sus hijos. Es imposible saber qué le sucede a alguien si no se sabe de dónde viene o qué le pasó. Solo que es tu madre y está en el momento del acto de la corrección al comportamiento, el paradigma más grande lo dejaba marcado en no querer hablar, también, en su forma de ser.

Sus rasgos sacaban a la luz ciertas líneas que abarcaban gran parte de su cara, que en ocasiones tapaba con su pelo negro, dejando entrever las ondas que caían de puntas sobre su mejilla. Atípico de ocultar ciertos patrones heredados que no son a gusto de uno, se llevan a flor de piel para toda la vida y así como las desgracias y las alegrías. Era admirable que toda la ropa le quedaba a cuerpo, algo no natural en los alrededores, por quienes tenían muchos hijos, era sin duda miserable de dinero, así y todo, la más envidiada. Y eso tenía un valor, un plus increíble que daba de qué hablar, porque al no hacer nada, ante todos, su cuerpo hablaba por sí solo.

Así, la describían todos y más Susana, que la conocía solo por fuera, y sabía de memoria que no le temblaba la mano para dar un golpe certero ante un “No” de

sus hijos. Las lágrimas se hacían cotidianas, era parte de aquel dolor, nunca entendía cómo se reproducían tan rápido y llegó al punto de pensar qué haría si un día no saliera una lágrima. Qué le pasaría, sus ojos quedarían secos, y por eso bebía mucha agua, por las dudas. Peculiaridades que la envolvían a pensar y pensar en un sufrimiento que se hacía de lo más habitual, un cachetazo era algo que en ocasiones no dolía, alcanzaban risas liberadoras, desafiando al domador del circo a mostrar el látigo, aquel que solo tocaba el cuerpo y largaba sonido que desde varios metros resonaba. Nadie, pero nadie, tenía algún cuestionamiento en que era la forma más incorrecta de tratar a alguien. Todo era habitual y predecible, sin saber del este y el oeste, era mirar por donde salía y se ponía el sol.

Sus comportamientos se fueron condicionando a ser estrictamente callados y serios, como lo proyectaba su padre, quien llevaba las riendas de la casa y no era solamente algo que se imponía como una figura, cada palabra salía de su boca uniendo y conjugando su personalidad, todo giraba a su alrededor. Nadie podía escapar de no ser visto por él, inmersos a sus servicios, lo que deseaba era obtenido, y el miedo tenía un lugar en todo esto, se sentía y olía a todo momento, nunca se iba de su hogar. Se había instalado desde el momento que se emprende el camino del abecedario y se empieza a tener un poco de noción sobre el significado de dicha palabra, se asimila y se arraiga con firmeza sin posibilidad de desplazarla de aquel sentimiento que se lleva de por

vida, y se va transgrediendo a diferentes circunstancias de la vida. Se tomaba empoderamiento, muy pocas veces tuvo un accionar sobre algunos de ellos, y las pocas veces que se levantaba, porque su mirada no conseguía aquello que pedía, daba por sentado que mirar el sol a las dos de la tarde era algo inevitable, era solo un calentamiento de lo que venía por detrás, la seguridad de algo doloroso, estaba marcado o escrito que el padecimiento alcanzaría hasta el día siguiente, y eso daba miedo, transgredía a todos, los moretones y el sufrimiento que alguno podía llegar a pasar. Era el horror en primera persona, la palabra cobraba un sentido desfigurado, a pedir perdón desde la profundidad de todo ser humano, humillado a poner en voz algo que no quería, violaba la consciencia y alentándola a decir lo que el otro quería escuchar, esto llevó un peso que todos en algún momento pasaron y las miradas entre sus hermanos se fueron contagiando, eran miradas de dolor y angustia. Alguna que otra vez se podía escuchar decir: “mi padre me hacía cosas peores”, increíble lo que frenaba en su mente para no llegar en su completo estado aquella forma de educar. No entraba en su totalidad que podía haber algo peor que todo esto.

La mirada, conjuntamente con las cejas y una cara alargada, daban la exacta imaginación de eso que estaba instalado en la sociedad, en la consciencia que transgrede de uno a otro. Es el hombre, con una postura totalmente altanera y soberbia, chocaba con cualquier imposición de un “*Pero*” y un “*no*” de cualquier mujer”.

Predominaba esa instauración en los rumores y dichos en un pueblo. Susana, era muy inquieta y su incertidumbre la movía de un lado a otro, tras esto llevaba acompañado un día completo de cachetadas y golpes, por no cumplir con las reglas de la casa, escaparse era lo más habitual aun sabiendo lo mal que estaba, remarcando aquel condicionamiento en avisar para salir, y padeciendo que si lo pedía era un “no” que se instalaba en la monotonía de cada pregunta “puedo salir”. La respuesta estaba marcada en la memoria, un estrecho lazo que unía a ambos para dejar en mente un espacio y una brecha a manipular y disuadir algún que otro para poder concretar el deseo, tan simple que solo podía contemplar un halago a la felicidad, jugar, algo que no entendía una palabra sin nada malo desde donde se mire, no se le puede encontrar alguna pisca de daño hacia otro y mucho menos hacia uno, sin molestar a nadie e incluso un poco de alegría entre todo lo vivido, no había tregua, la mentira aparecía como algo bueno, transformándose a la voluntad de algo totalmente natural para conseguir aquello que en el fondo no podía entender que la impulsaba a llevar semejantes mentiras. El solo hecho de conseguir un pequeño momento de felicidad y la curiosidad de esa palabra la impulsaba sobre ella para una búsqueda tras otra, en tratar de darle el significado que corresponde.

